

—¿Habré acertado?...—dijo para sí Duval—. ¿Será, en efecto, lo que tantas veces he sospechado, contra el parecer de la generalidad?... ¡Ah!... Entonces mi triunfo sería seguro.

—Caballero—dijo Inés, recobrándose un poco de su sorpresa—: siento decirle a usted que desconoce por completo los deberes y consideraciones que son debidas a las señoras, cuando se ha tomado usted la libertad de aventurar palabras que nunca esperé escuchar de labios de ningún hombre.

—Vamos—pensó Duval interiormente—, se da por ofendida; buena señal; no hay duda.

Y luego agregó en alta voz:

—Señorita, mi intención no era otra que decir...

—No quiero saber cuál fué la intención de usted, señor Duval—le interrumpió Inés, sin dejarle acabar—. Lo que deseo es que tenga usted la bondad de ahorrarme la pena de sostener una conversación que ni a usted ni a mí nos puede ser de provecho alguno.

—Comprendo, señorita; voy a complacer a usted.

Duval tomó el sombrero que había dejado al entrar sobre una silla, y añadió haciendo una inclinación respetuosa:

—Adiós, señorita.

—Adiós—dijo Inés con sequedad.

Duval salió con aire de triunfo; y la hermosa, al verse sola, dejó caer tristemente la cabeza sobre el lado derecho del respaldo de la butaca.

Aquella entrevista le había llenado de amargura.

Vió en el novio que su hermano destinaba a Clotilde, un hombre sin educación, de altanero carácter, de corazón vengativo y de conducta poco ceñida a la moral. Sobre todo, las últimas palabras, sonaban en su oído con fatídica vibración.

—Ese hombre—dijo—ha sospechado lo que hasta ahora ni mi hermano mismo se ha atrevido a suponer. ¡Ah!, si por vengarse de la oposición que en mí ha encontrado, divulga esa funesta idea que empañaría mi honra y me presentaría a los ojos del mundo como una mujer indigna del distinguido aprecio y respeto que hasta hoy se la ha dispensado, ¡ah!, entonces no sé qué sería de mí; en vano trataría de vindicarme; las palabras que rebajan el mérito de aquellos cuyas virtudes se han preconizado, y con las que se creen humillados los que carecen de nobles sentimientos, hallan eco entre los que, careciendo de ideas elevadas, creen justificar sus defectos y debilidades, presentando a todas las personas, dominadas de las mismas debilidades y defectos. Sí, ese hombre es capaz de todo; lo he conocido en su aire insultante y orgulloso. ¡Dios mío, Dios mío, qué vergüenza si se realizan mis temores!...

Y la infeliz se escondió el rostro entre las manos, abrumada con el peso de aquellas tristes reflexiones.

Duval, entre tanto, se dirigía a su casa dominado por ideas de venganza.

—Sí—pensaba en su mente—; la turbación que noté en su rostro; el súbito carmín de la vergüenza que asomó a sus mejillas; su idéntica semejanza con Clotilde, y el excesivo cariño que le dispensa, todo me hace creer que, en efecto, bajo el modesto título de protectora, se esconde la verdadera madre. ¡Ah!... Yo indagaré con empeño; y si, como sospecho, es la que le dió la vida, no puedo dudar del triunfo. Entonces volveré a presentarme a ella; le diré que sé su secreto y la amenazaré con publicarlo si insiste en negarme la mano de Clotilde. Sí; mi plan es infalible. Inés no querrá perder en un solo día la reputación de virtuosa que disfruta en la sociedad, y accederá, estoy seguro, a mi deseo. Pero si mi sospecha carece de fundamento; si el resultado de mis investigaciones es contrario a mis intentos, entonces me queda otro camino, aunque más peligroso: la muerte de Leopoldo; ¿cómo? No lo sé; pero no faltará medio para llevarla a cabo sin comprometerme. Las revoluciones en que se agita el país, presentan medios seguros de ejecución para satisfacer venganzas personales.

Y acariciando ambas ideas, entró en su casa, llena en aquel momento de gente que estaba ocupada alrededor de una mesa en poner al azar de una carta el producto de sus trabajos y de sus ahorros.

CAPITULO IV

El baile

Las nueve de la noche señalaba el cuadrante del lujoso reloj que adornaba la sala en que había tenido lugar el diálogo entre la hermosa Inés y Duval.

Acababa de ocultarse, después de agitar sus pintadas alas, el autómatas pajarillo que aparecía trinando cada vez que la brillante campana sonaba la hora.

En el cuarto contiguo y enfrente de un dorado espejo de

102060 6320

cuerpo entero, colocado encima de un exquisito tocador, cubierto de brillantes pomitos con pomadas y esencias de especiales olores, se veía una joven, sobre cuya cabeza acababa de colocar su predilecta camarista una elegante corona de flores blancas, que resaltaban sobre el gracioso peinado de su luciente cabellera negra. Velaba su bellissimo cuerpo un delicado vestido de gró perla, bordado de blanco, de primorosa hechura, con preciosos adornos, sobre cuyo pecho resaltaba un gracioso lazo punzó figurando una fragante rosa. Su diminuto pie estaba calzado por un precioso zapato de raso blanco, perfectamente trabajado, que dejaba entrever su delicada forma; un rico hilo de iguales y preciosas perlas, cerrado por una cruz de brillantes, adornaba su redondo y alabastrino cuello, más blanco y esbelto que el del nevado cisne sobre la tersa superficie de un tranquilo lago; sus delicadas manos, pequeñas y torneadas, cubiertas de finísimos guantes de cabritilla, finos como la seda y blancos como el ampo, jugaban graciosamente con un primoroso abanico de finísimas plumas, con doradas varillas de marfil, admirablemente caladas, en cuyo remate brillaba un precioso anillo de diamantes, por donde pasaba el rico cordón de oro que descansaba en el mórbido brazo de la hermosa.

Al verla velada con aquella blanca y flotante vestidura, adornada su negra y ondulosa cabellera con la graciosa guirnalda de flores blancas, rodeada por todas partes de luz y de esencias, reflejando su bellissimo rostro toda la pureza y tranquilidad de un alma tiernamente enamorada y sin mancilla, dejando ver en sus expresivos y negros ojos el candor de los ángeles y la dulzura de los cielos, al verla aérea, vaporosa y gentil, mover su flexible y delicado talle como una blanca gaviota que cruza besando apenas la blanca espuma de los mares, cualquiera la hubiera tomado por una visión beatífica, por una aparición celeste, dispuesta a abandonar la tierra, o por una de las bellísimas huries que habitan risueñas el prometido Edén del profeta.

Era la realización de un bello ideal de contornos divinos, envuelto en oscilantes y transparentes nubes, en cuyo ovalado rostro brillaba el suave resplandor que circunda a los alados ángeles, bañando sus delicadas facciones de una luz indefinible, que la prestaba un colorido y una frescura celestiales.

—¿Estás ya dispuesta, hija mía?—dijo Inés penetrando en la aromatizada estancia de la hechicera joven.

—Sí, madre mía—contestó la interpelada con voz dulce y melodiosa.

—Veo que has tenido buen gusto en la elección de traje.

—¿Le gusta a usted?

—Mucho; estás hechicera.

—No lo está usted menos.

—¿Yo, hija mía?... No lo creas; mi edad me separa del arte de agradar.

—Es que el arte sobra donde hay dotes naturales que brillan más cuando menos ataviados se presentan; la sencillez es el mejor adorno de la hermosura, y a usted le sobra la segunda para ser admirada en todas partes.

Inés abrazó a Clotilde con tierna efusión de amor. Sabía muy bien que de los labios de su protegida no salían jamás palabras lisonjeras que no dictase el corazón; y en las que acababa de oír, veía el ciego cariño que las formulaba, obligando a sus ojos a que la viese por un prisma favorable.

—Tu parecer me envanecería si aspirase a otra dicha que a vivir consagrada únicamente a ti. Se anhela ser hermosa y apreciamos los atractivos que nos ha concedido la naturaleza, y aun procuramos aumentarlos con el arte, cuando nuestra mente acaricia la memoria de otro sér que nos hechiza, y a cuyo lado soñamos recorrer una vida llena de placeres. Pero cuando esa bella imagen con que hemos tenido entretenida la mente, no existe; cuando ha desaparecido de nuestra alma el grato dolor que imprime una pasión verdadera y tierna, entonces la belleza o la fealdad, los aplausos o el olvido del mundo nos son indiferentes.

Y como si su alma despertase herida por aquellas palabras a otra vida más dulce y encantadora, llena de risueños atractivos, llevó a su hermosa faz el tinte de la melancolía, y a sus bellos ojos las lágrimas de un recuerdo de amor.

Clotilde, conmovida, le tomó la mano.

—¿Qué lejos estaba yo de pensar que no era usted feliz!...

—Sí; lo soy, hija mía; ¿me falta algo teniéndote a mi lado?... Estos no son más que recuerdos pasados de felicidad que, lejos de atormentarme, tienen cierta tristeza agradable, cierta pena hechicera, un atractivo mezclado de placer y de dolor a la vez que inundan el alma de encontrados, pero dulces sentimientos. ¿Y qué afección íntima no está cercada de esa misma mezcla de esperanzas y de zozobras, de risa y de llanto, de placer y de tristeza? El amor, ese tierno sentimiento que opera una revolución completa en nuestra existencia, al tomar posesión de nuestra alma; ese dulce soplo de la Divinidad, derramado por la creación para felicidad de los mortales, belleza de los campos y sostenimiento del mundo; ese amor, de quien el orbe entero es su

trono y el ancho mundo su esclavo, ¿no se presenta a nuestros corazones con los mismos encontrados afectos?

—Tiene usted razón, madre mía—exclamó la joven conmovida por la exactitud de aquella pintura.

¿Y cómo no asentir a la opinión de la desgraciada Inés?

¡El amor!... ¿Quién no ha sentido las inefables emociones que vierte su poder en el corazón del hombre?... ¿Quién es capaz de contar las infinitas sensaciones que en el reducido término de un día, de una hora, de un minuto, se suceden una tras otra o todas juntas con una rapidez inconcebible, con una variedad inexplicable?... ¿Quién no ha pasado, en un mismo día, de una alegría y de un placer sin límites, a la más profunda y amarga melancolía, de la satisfacción más completa a los celos más ardientes, de la confianza a la duda, del regocijo al abatimiento, formando infinitas veces el misterioso espectáculo de vagar a un mismo tiempo la sonrisa de un temor desvanecido en los labios, y en los ojos las lágrimas de la felicidad presente?

¡El amor!... Si no fuese difícil empresa el hacer su definición, yo diría, que el amor puro, el amor tierno, el amor desinteresado y profundo por lo mismo es aquel sentimiento tierno, incommensurable, que domina todo lo existente, que entretiene la imaginación con una idea siempre seductora y risueña; que nos presenta a todas horas la bella imagen del objeto que embellece nuestros deseos, nuestra soledad, nuestros sueños, rodea siempre de nuevos hechizos y de atractivos celestiales; aquel afecto que oprime el alma con un dolor dulcísimo, con un grato penar que embalsama nuestra existencia; que nos abre las puertas de la felicidad con el más leve presente de cariño que recibimos del bien amado, así como la menor indiferencia nos abisma en una sima de tormentos sin término; que nos hace llorar con un gesto que envuelve el más ligero desdén; que nos hace esperar y temer casi al mismo tiempo; que vierte en el corazón un cielo de dulces esperanzas, para amargarlas a poco con un infierno de celos; que nos hace vivir penando, y penar gozando; reñir un instante con el objeto amado, para volver luego a contentarnos solicitando su perdón; que rasga el corazón y oprime nuestro pecho cuando nos separamos por un instante de él, y que al volverle a ver sentimos el placer que siente el navegante al descubrir la playa de la amada patria, de quien ha estado ausente muchos años; objeto cuya mano no podemos tocar sin sentirnos conmovidos hasta la médula de los huesos, por quien daríamos la vida, a quien llamamos nuestro cielo, nuestro mundo y nues-

tra existencia, y para el cual nada juzgamos digno en el triste planeta que habitamos.

Este es el amor como yo lo comprendo, grande, noble, generoso; mezcla extraña, pero sublime que enaltece al hombre y que le arrastra a las más dificultosas empresas.

Las nueve y media marcó la clara campana del reloj de la sala y Clotilde y su protectora salían de la estancia; bajaron a la puerta, subieron en el coche que les esperaba en ella, y se dirigieron al baile que todos los domingos hay en San Angel, durante la temporada que acostumbran pasar en aquel pintoresco pueblo las principales familias de México.

El salón de baile se veía lleno de una escogida y numerosa concurrencia.

La juventud más elegante de la sociedad mexicana se encontraba reunida en aquel sitio destinado al placer, a la música y al amor.

Allí las seductoras hijas del país de Moctezuma, hermosas como la esperanza, dulces como el limpio cielo de su patria, candidas como el blanco lirio de sus vergeles y esbeltas como las palmeras de los trópicos, descubrían sus irresistibles hechizos, sus delicadas maneras y su esmerada educación. En ellas residían la belleza sin orgullo, la amabilidad sin coquetería, la franqueza sin licencia, la instrucción sin vanidad, y, finalmente, el conjunto de todas las gracias y todas las perfecciones.

En medio de tantas jóvenes hermosas, descollaba gentil y esbelta como la fragante rosa entre las delicadas flores, una encantadora señorita, en la cual estaban fijas, como en un centro de atracción, todas las miradas de los elegantes jóvenes.

—¡Qué linda está Luz!—dijo uno de los muchos que la contemplaban, a varios amigos con quienes estaba en conversación.— Se me representa a la diosa de las Gracias y de la Belleza cuando fué presentada a los inmortales del Olimpo.

—Es la luna en medio de un cielo limpio y estrellado.

—La perfección del sexo que nos quita el seso.

—La hermosa Elena que nos pinta Homero en su bella Iliada.

—La perfección más perfecta de la perfectibilidad perfeccionada que salió perfecta con toda perfección del Perfecto perfectificador.

—¿Te burlas?

—Nada de eso; por el contrario; digo que es la reina de la hermosura, y la joven de más atractivos de cuantas em-

bellecen San Angel en la presente temporada. ¡Ay!... Tiene unos ojos azules..., y como yo me muero por los ojos azules...

—¿Y dónde dejas a Clotilde?

—¡Ah!... Es verdad. Clotilde rivaliza con Luz, sin duda alguna. ¡Tiene unos ojos negros!... Y como yo me muero por los ojos negros...

—Tú te mueres por los azules, por los negros, por los garzos y por los verdes...

—Es verdad; ¿para qué lo he de negar? Pero si me dan a escoger...

—¿Qué?

—Me quedo con todos.

—¿De veras?

—Para poder dar razón después de cuáles me gustan más.

—Pero lo que me llama la atención, ya que hemos recordado a la encantadora Clotilde, es que hoy se tarda tanto en venir. ¿Estará mala?

—No; porque entonces no estaría aquí Leopoldo. ¿No le veis allí enfrente a la puerta, en espera de alguno que entre?

—Es verdad; y trae, como siempre, en el ojal de la levita una flor.

—Ahora es un clavel pequeño y de un rojo subido.

—Es muy aficionado a las flores.

—Todos los pintores y poetas lo son.

—Así como los políticos lo son a cruces y distinciones que son menos sencillas.

—Y que cuestan mucho más. Pero, amigos, la contradanza la anuncian ya los músicos y es preciso que vayamos a sacar a nuestras compañeras.

—Sí, vamos.

Y se prepararon para dirigirse cada cual a la señorita con quien debía bailar.

Los músicos, que, en uno de los extremos de la sala, pulsaban los animadores instrumentos que se acostumbran en todo baile en México, y que se componían de dos flautas, dos bandolones, arpa y bajo, especie de guitarra, pero mucho mayor y sin prima, preludiaron, en efecto, los primeros compases en señal de aviso.

Las parejas empezaron a colocarse en sus correspondientes sitios, dejando en medio a los bastoneros que vigilaban que nadie saliera del lugar que le correspondía.

—¿Me concede usted el placer y la honra de bailar conmigo esta contradanza, hermosa Lucecita?—dijo, acercándose a la joven de quien ya nos hemos ocupado, y con acento ex-

tranjero, un hombre como de cuarenta y cinco años, rubio, blanco, pero de fisonomía poco simpática.

—Estoy ya comprometida a bailarla con otro, señor doctor.

—Con Rafael; ¿no es así?

La joven se sonrojó, y contestó con algún embarazo:

—Sí, señor.

—Ya me lo suponía. Rafael es más dichoso que yo.

—Llegó antes que usted, y yo no podía negarle la contradanza.

—Es que yo siempre llevo tarde.

—No es mía la culpa, señor doctor.

En aquel momento se acercó a la joven un caballero de elegante porte, que al ver al doctor, le tendió la mano con seductora franqueza, diciéndole:

—¿No baila usted, señor Willey?

—Era mi deseo; pero me dice Lucecita que he llegado tarde—exclamó el doctor, marcando con intención las últimas palabras.

—Es verdad; yo le supliqué hace más de media hora que tuviese la bondad de cederme la primera contradanza, y he venido a tener la satisfacción de bailarla con ella. Pero ahí tiene usted muchísimas jóvenes a quienes dirigirse.

—Sí—exclamó Willey, disimulando su disgusto.

Rafael presentó el brazo a su hechicera compañera, y se fué a reunir con las otras parejas.

El doctor le echó una mirada que envolvía un odio reconcentrado, y vagó en sus labios una satánica sonrisa al verlos alejarse. Luego, como inspirado por otra idea, y dejando ver en su rostro la señal de un deseo fácil de realizar, dijo entre dientes:

—Marchemos a casa de Elisa; su esposo está en la partida de Duval, entregado al juego; ella ha quedado sola... ¡Ah! Esta es la ocasión más oportuna para alcanzar lo que anhelo con toda el alma.

Y salió del baile precipitadamente, acariciando la idea que se había apoderado de él.

Entre tanto, la contradanza seguía cada vez más animada, más interesante.

En los rostros de la alegre juventud que bailaba, estaban pintados la satisfacción y el placer; en sus ojos la ternura y el amor; en sus palabras las más tiernas afecciones que embargan el corazón en esos deliciosos momentos en que la vida se desliza en un mundo de esperanza y de felicidad, de ilusiones y de inefables placeres; en que las horas pasan con la rapidez de un segundo, con la dulzura de un celestial

ensueño; en que miles de Genios protectores acarician nuestro pensamiento, brindándonos un Edén de felicidad sin término, de goces siempre nuevos, siempre celestiales; momentos de suprema delicia, presididos por la diosa del Amor y el numen de la Esperanza, a cuyos pies se escuchan tiernas declaraciones de apasionados amantes, que recogen en una intensa mirada de profundo cariño, el premio a que aspiraba un alma que se confunde, que se identifica con el objeto por quien vive y por quien alienta.

¡Dichosos instantes del amor y de los sueños!...

¡Dichosas horas de olvido del mundo y de sus miserias, en que los placeres salen del capullo de esa deliciosa edad que se desliza serena desde la risueña adolescencia a los primeros lindes de la juventud; edad encantadora en que se acarician como realizables todas las esperanzas, todos los deseos, todas las venturas; en que se siente toda la magia que encierra la meliflua voz del sér que divinizamos, y de cuyos frescos labios salen para habitar en nuestro pecho, los encantos, los deleites más puros, los suspiros más tiernos que hacen de esa edad el paraíso de la vida.

¡Ah!... ¿Por qué pasan con tanta rapidez esos deliciosos años en que el hombre sólo vive para amar, para la alegría, para el placer?

¿Por qué pasa tan pronto ese risueño período de la vida en que se aprecia una sonrisa, una mirada, un juramento de amor, en más que todos los tesoros de la tierra, porque en esa sonrisa, en esa mirada, en ese juramento, bebemos todas las delicias de los ángeles?

¿Por qué corre tan precipitadamente ese limpio arroyo de los mejores años, y cruza con indecible rapidez por los floridos vergeles, de la felicidad, en que los ojos no conocen otros encantos que la belleza y el deleite celestial del sér amado, los oídos no escuchan otros sonidos que los que en coro levanta por todas partes la naturaleza diciendo «amor», y en que las horas, velando la existencia, hacen de la vida una sucesión de delicias y de amorosas ocupaciones?

Sí. ¿Por qué pasa tan pronto ese límpido arroyo, y se precipita en el océano severo de la edad viril en que mueren las dulces emociones, se despierta de los miríficos ensueños de la felicidad a la triste realidad de los desengaños, donde, poniendo todo bajo el inflexible dominio del microscopio analítico, se ve al través del seductor barniz con que se presentan los placeres, a los ojos de la juventud, el negro fondo en que se encierran sus miserias, sus falacias, sus perfidias, su falsedad y sus remordimientos?...

¡Es tan triste tocar la realidad de una ilusión perdida!... ¡Despertar de un sueño de perfecta salud a una enfermedad de continuas dolencias y penalidades!...

Vivir de ficciones, dicen, es hacer la vida del niño que juzga los objetos por la parte exterior que halaga sus sentidos, sin conocer sus efectos. ¿Y no es feliz entonces, digo yo, tanto cuanto es desgraciado cuando reconociendo su poco valor no puede substituirlos con otros de más valor y que le proporcionan la misma satisfacción que con los falsos disfrutaba?

¿No es más feliz el joven sin tesoros de experiencia, y que sin más riquezas que su imaginación, todo lo reviste de encantadoras formas, de colores divinos y de atractivos celestiales, que el hombre rico de desengaños, para quien no existe más verdad que el dolor, la amargura y las miserias de la vida, cuyos ojos no ven en torno de sí más que engaños y traiciones, y cuyo corazón, como las plantas arrancadas de raíz por el huracán y secadas por la fuerza del sol no reciben el salutífero rocío que las vivifica y las conserva en su primitiva galanura?

Las ilusiones son las hojas que engalanan el árbol de la vida.

Yo quiero frescas hojas que murmuren al tenue halago de las brisas del placer que perfuman la existencia.

De las verdades del mundo, sólo amo la verdad eterna; la verdad que nos conduce al concebimiento de la grandeza de Dios, de la práctica de la virtud, de la caridad, de la religión.

Fuera de este sagrado terreno, es decir, en el círculo de las ficciones de la imaginación, que conmueven tiernamente el alma sin envilecerla, y el de la triste realidad de los desengaños, que amargan y envenenan los días del hombre; entre esos dos círculos de superficiales, pero bellas flores, y los tristes y positivos frutos que produce el desengaño, prefiero el dulce aroma de las primeras, que adormece, a los segundos, que secan y amargan el corazón.

Quisiera que nunca se agotase la fuente de las ilusiones, y que se deslizara continuamente la vida por el vergel de soñadas delicias hasta hundirse en el océano de la eternidad.

Goza, venturosa edad; goza de las seductoras quimeras que te hacen ver el mundo como una mansión de impercedera ventura.

No despiertes de ese delicioso sueño que te presenta en cada hombre un fiel amigo que se interesa por tu felicidad, y en cada mujer un ángel de pureza y de candor, que tiende sus alas para inundarte de ventura y de amor. Y cuando los

que han entrado en el período de los desengaños, en esa edad en que todo se analiza, se burlen de tus fútiles, inofensivos y deliciosos goces, diles que son menos reprobables tus inocentes deleites, que la desmedida ambición a los empleos, a los honores, al mando, a la avaricia, a la tiranía que domina a los que, muertos para las dulces ilusiones, viven para trastornar el orden social.

En aquella escogida reunión de jóvenes de ambos sexos, que bailaba al compás de una música delicada y armoniosa, nadie pensaba más que en el amor.

Una mirada tierna, en que iba envuelta toda la ternura y el cariño del alma, era el único afán, la única ambición de aquellos seres para quienes el mundo entero estaba encerrado en los límites de aquel salón, más rico en atractivos para aquellos que el florífero Paraíso en que fué colocada la primera criatura.

Rafael y la encantadora Luz iban tan honesta y graciosamente enlazados, que parecían dos figuras aéreas, que se deslizaban por la mullida alfombra, impulsadas por un resorte mágico.

Los ojos de ambos estaban fijos en los ojos del otro; pero con una expresión, con una embriaguez de amor y de ternura, que evitaba a los labios la necesidad de expresar lo que el corazón sentía.

—¡No hay sér ninguno que pueda compararse a mí en felicidad, hermosa mía!—dijo Rafael a la hermosa Luz al concluir la media cadena y empezar las vueltas del vals—. La imaginación más fecunda no puede inventar un placer que se aproxime al que embarga en este instante todas mis potencias, entera mi alma, sumergiéndola en un océano de delicias.

—Yo conozco otro sér—contestó Luz—, que siente la superabundancia de felicidad que embarga tu corazón.

—¿Sí?

—A no dudarlo.

—¿Y quién es?

—Yo.

Rafael estrechó la mano de su amada, transportado de júbilo.

—Es verdad—exclamó—, tu amor es igual al mío, y nuestra satisfacción debe ser idéntica. Nuestras almas sienten de la misma manera, piensan de la misma manera y gozan de la misma manera.

—Y, sin embargo, hay momentos en que tú no participas de mis temores.

—¿Cuáles?

—Nuestra unión no puede verificarse hasta que tu buen padre, que se halla en Veracruz, vuelva de su destierro.

—Pero yo estoy trabajando para alcanzar que le alcen su condena, y lo conseguiré.

—Dios lo quiera.

—¿No es inocente?... ¿Se ha mezclado alguna vez en la política?... ¿De qué se le acusa?

—Con la elástica ley que hoy rige, basta una ligera sospecha, una acusación de un enemigo oculto, para que el gobierno expulse a quien juzgue que no participa de sus ideas.

—¿Y quién debe, quién puede ser enemigo de un hombre que jamás ha abierto su mano sino para hacer un favor, ni sus labios sino para formular palabras de consuelo?

—Deber ninguno, porque nadie debe ofender al que sólo vive haciendo bien; pero poder..., puede hacerlo cualquiera que trate de perjudicarlo..., o de retardar nuestra felicidad.

—¡Cómo!... Explícate. ¿Hay alguno que se interese en retardar nuestra unión?

La joven vió pintado en el rostro de su amante, el temor y la ansiedad; conoció que la menor palabra afirmativa podría destruir la ventura que pocos momentos antes disfrutaba, y para tranquilizarlo contestó:

—No; no sé ni sospecho nada..., era una suposición, nada más.

Rafael sintió que le volvían la vida.

—Pues desecha esos temores, que empezaban a robarme la tranquilidad, y ten confianza en la promesa que me ha hecho un amigo de gran influencia con las personas que hoy conducen la nave del Estado, de poner muy en breve en libertad a tu querido padre.

—Estoy tranquila.

Rafael iba a dirigir nuevas palabras de esperanza; pero la música dió fin, y no pudo satisfacer su deseo, y fué a sentar a su amada junto a la mamá, con quien había ido al baile.

Al dejarla le apretó dulcemente la mano, indicándola así este pensamiento: «yo te amo»; la joven le miró con dulzura, y le estrechó las suyas tres veces, que equivalía a contestarle: «yo correspondo con toda mi alma a ese amor».

Sólo Leopoldo permanecía triste en aquel sitio en que todos se entregaban a las más lisonjeras esperanzas; quieto enfrente de la puerta de entrada, esperaba ver llegar al objeto de su amor.

Eran tres cuartos para las diez, y Clotilde no parecía. Leopoldo sufría horriblemente.

Cada instante le parecía una eternidad.

La sala, para otros animada y concurrida, era para él un árido desierto, cuyo cielo y horizontes se presentaban negros y cargados, amenazando una próxima tempestad.

—¿Le habrá sucedido algo?... ¿Estará mala?...—pensó interiormente, y volvió a esperar, inquieto con aquella tardanza que le oprimía el corazón como la losa del sepulcro.

El cartel colocado en el salón, anunciaba un vals.

Los músicos lo indicaron tocando los primeros compases.

Leopoldo sacó el reloj y vió que eran las diez.

—¡No; ya no viene!... Es demasiado tarde... ¡Ah!... ¡Soy el más desgraciado de los amantes!—dijo para sí, y se cruzó de brazos; fijó los ojos en el suelo, agobiado con un pensamiento doloroso y sin cuidarse de los que pasaban a su lado, mirándole con asombro y curiosidad.

Un elegante joven se acercó entonces a él, y pegándole cariñosamente en el hombro, le dijo:

—¿En qué piensas, amigo Leopoldo?

Leopoldo levantó los ojos, y los fijó en el hombre que le interrumpía en sus tristes meditaciones, y tendiéndole afectuosamente la mano al reconocerle, exclamó:

—En mi fatalidad, querido Rafael.

—¡Cómo!

—¿No ves que no ha venido Clotilde, la mujer cuya presencia es necesaria como a las plantas el sol, como a las aves el viento?

—Sí; ya había echado de menos su falta.

—¿Y ha venido Luz?

—Sí; mírala allí al lado de su benévola madre.

—Tú siquiera eres feliz; y me alegro, porque eres digno de serlo, amigo mío; tú no has encontrado en sus padres obstáculos que yo encuentro, y que no sé cómo los podré allanar.

Y volvió a quedar abatido con aquel pensamiento.

—Vamos, no desesperar, Leopoldo; los artistas deben tener un corazón grande como su imaginación.

—Grande es el mío, y si de él sólo se tratara, yo vencería todos los imposibles. Pero tú sabes, querido Rafael, que pesa sobre mi desgraciado padre un cargo que me ha cerrado las puertas de la estimación de don Emilio; para él tengo un borrón hereditario que mancharía la existencia del ángel puro que adoro.

El joven artista dejó caer la cabeza sobre el pecho, abrumado por el peso de aquella idea.

—Pero ese borrón no existe; tu padre fué un hombre hon-

rado, que sólo te dejó ideas nobles que imitar—contestó Rafael, tomándole la mano y estrechándosela con cariño.

—Sí, es verdad; pero eso lo sabes tú, porque tu buen padre era íntimo amigo del mío, y no le retiró su aprecio hasta verle morir; los demás le juzgaron de otra manera.

—Los demás le harán justicia algún día; y don Emilio no podrá menos de reparar la ofensa que le hizo dudando de su lealtad, sino concediendo a su hijo la mano de la hechicera Clotilde.

—¡No lo creas!

El vals empezó en aquel momento.

—Dispénsame si te dejo—dijo Rafael—; pero he pedido esta pieza a una señorita, y voy a sacarla a bailar.

—Ve con Dios, y diviértete tanto cuanto yo padezco.

Rafael se separó de su amigo pronunciando palabras de consuelo, y se acercó a una joven para bailar con ella.

El doctor Willey asomó al mismo tiempo en la sala, y se dirigió a la hermosa Luz.

Esta tembló al verle.

—¿Seré tan feliz, señorita, que tenga la dicha de haber llegado a tiempo?—dijo el doctor con acento irónico, y enviando una mirada hacia donde estaba Rafael.

—Al menos, no tengo empeñada mi palabra para bailar el vals con ninguno hasta ahora—contestó la joven, haciendo un esfuerzo para sonreír.

—Pues si tiene la bondad de favorecerme...

—Con mucho gusto, pues el favor lo recibo yo.

El doctor y Luz se mezclaron con las demás parejas.

Aunque a la esbelta joven le repugnaba la compañía de aquel hombre que le inspiraba con su amor un miedo invencible, sin embargo, estaba muy bien educada para que dejase ver en su rostro la más mínima señal de disgusto.

Por el contrario, en su faz iban pintados la franqueza y el placer, y de sus labios no salían, al contestar una galantería, más que palabras de gratitud.

Engañado Willey por aquella delicada manera de contestar a sus intencionales palabras, trató de aventurar una disimulada, pero expresiva declaración, y diciéndola con aquella presión: «Yo amo a usted».

Luz no correspondió a aquella demostración, y su mano se puso fría y permaneció quieta.

El doctor repitió su declaración simbólica, pero sin que alcanzase de Luz la correspondencia que anhelaba.

Sin embargo, no desesperó, y aventuró por tercera vez su muda, pero significativa protesta de amor.

Luz entonces le miró con noble gravedad y retiró su mano de la del doctor, dándole a entender con aquella mirada y acción este concepto: «Siento mucho no poder corresponder a usted; estoy comprometida».

El doctor quedó cortado, disimuló el disgusto que le causó aquel desaire, y siguió bailando en él mayor silencio por un rato, sin volverla a molestar, hasta que, no pudiendo contenerse por más tiempo, y aprovechando un instante en que todos valsaban y ellos descansaban marchando del brazo detrás de las parejas, le dijo en voz baja y con ahogado acento:

—¡Siempre desdeñosa conmigo!

Luz sintió una desazón interior al ver que trataba de entablar un diálogo que le debía ser en extremo odioso.

—No, señor—contestó casi entre dientes, temiendo ser oída, y bajando los ojos para no fijarlos en su compañero—, no es por desdén, sino por...

—Porque ama usted a Rafael—repuso el doctor, viendo que ella titubeaba en acabar la frase.

—Sabe usted que cuando conocí a usted estaba ya comprometida con él, y que, a no ser porque constantemente me está usted amenazando con que hará usted que el gobierno decapite a mi desterrado padre tan pronto como me una a Rafael, ya estaríamos desposados.

—Y lo cumpliría, y lo cumpliré también el día que cometa usted la imprudencia de decir a mi odioso rival ni una sola palabra sobre este asunto, ni sobre mi amor.

—Nunca se lo diré—contestó con resignación heroica Luz, temiendo por la vida de su padre.

—¡Ah! Hermosa mía—dijo el doctor, tomando un acento más dulce y más galante—. ¿Por qué me obliga usted a ser cruel?... ¿Por qué esa resistencia en pronunciar una palabra que labraría mi felicidad y la de su anciano padre, cuyo destierro lograría yo que se le alzase al momento?

Luz iba a contestar; pero en aquel instante cesó la música, y el doctor la condujo a la silla que antes ocupaba al lado de su mamá. Al dejarla volvió a apretarle la mano, sin que alcanzase correspondencia.

Wiley arrugó el entrecejo, le dirigió una mirada terrible que la hizo estremecer, y en seguida se fué a sentar a un rincón de la sala, desde donde podía observarla sin ser notado.

La conversación entre los jóvenes de ambos sexos que acababan de bailar era, entretanto, cada vez más viva, más grata y animada.



—Vamos, está borracho—dijo luego para sí—; y yo que me había alarmado...

(Página 69.—Tomo 1.)

Sólo Leopoldo, para quien la ajena alegría era insoportable contraste, que le recordaba su tormento, exhaló un suspiro, dejó la melancólica actitud en que había permanecido hasta entonces; dejó ver en su rostro la resignación; volvió a sacar el reloj, y salió a la calle, diciendo:

—Espero en vano; salgamos de este infierno y marchemos a casa.

Luego, al poner los pies en la calle, exclamó:

—¡El cielo tendrá piedad!

A estas palabras, dichas con la fe de un corazón religioso y en voz alta, contestó la de un hombre que se hallaba sentado en el dintel de la puerta:

—De la honradez y bondad
que luchan contra un malvado
en el mundo despiadado,
el cielo tendrá piedad.

Leopoldo volvió la cabeza hacia donde le dirigían la palabra.

—¡El mendigo!...—exclamó con agradable sorpresa al conocerle.

—Sí, señor don Leopoldo; el mendigo cuyos andrajos ofenderían el lujo del regio salón en que bailan, y que por lo mismo ha permanecido aquí esperando a que usted saliera.

—¿Le hace a usted falta dinero?... Tenga usted.

Y Leopoldo le alargó una moneda, que el mendigo guardó, diciendo:

—Gracias; pero no venía con intención de pedirle.

—Pues, ¿con cuál?

—Con la de decirle que no esperase usted esta noche a la señorita Clotilde.

—¡Cómo!... ¿Está mala?

—No, señor.

—¿Lo sabe usted?

—¡Lo sé!

—¡Cómo!

—Porque lo he visto.

—¡Usted!

—Yo.

—¿Cuándo?

—Esta noche; a las nueve y media.

—¿Dónde?

—Al subir en el coche con su mamá para venir al baile.

—¿Luego iban a venir?

—Sí, señor.

—¿Y sabe usted por qué no han venido?

—Seguramente.

—¿Por qué?

—Porque en el momento de poner el pie en el estribo, llegó su padre acompañado del extranjero que las llevó esta mañana a misa, y las hizo entrar en casa, mandando al cochero que desenganchase las mulas y metiese el coche.

—¡Dios mío!...—exclamó alarmado con aquella noticia Leopoldo—. ¿Qué habrá pasado?... ¿Y está usted persuadido de que venían al baile?

—Segurísimo.

—¿En qué se funda usted?

—En que estaba en traje de baile.

—¿Sabe usted qué adornos llevaba?

—Una corona de rosas blancas en la cabeza, y un lazo punzó, figurando una flor, en el pecho.

—¡Una corona de rosas blancas y una cinta punzó!...—exclamó Leopoldo, henchido de placer—. ¡Ah!, no hay duda; venía a verme. Y ¿sabe usted si ha salido ya de su casa el señor Duval?

—Lo ignoro, porque en el acto vine para ver si le encontraba a usted fuera, y avisarle lo que pasaba.

—Gracias por el interés que se toma usted por mí.

—¿Por qué no pasa usted por su calle? Acaso estará esperando a usted en el balcón.

—Puede ser muy bien. Sí; voy a pasar ahora mismo.

—¿Quiere usted que le acompañe?

—No, mil gracias; iré solo.

—Como usted guste.

—Adiós; y si no nos volvemos a ver mañana, en México, dentro de tres días.

—Allí estaré.

—Calle de Tacuba, número tres, segundo piso, a la izquierda.

—Calle de Tacuba, número tres.

Leopoldo se alejó a paso veloz.

—Parece—decía hablando consigo mismo, mientras se dirigía a la calle en que Clotilde vivía—que había adivinado que traería yo el clavel rojo diciéndole en él: «te amo como rendido, galante y apasionado caballero», cuando se colocó la corona de rosas blancas, contestándome con ellas: «y yo también te amo». ¡Ah!... Sí, ella me ama, me ama; ¿qué me importa que el mundo entero se oponga a mi felicidad y trate un rival de robarme su corazón, cuando en la cinta

punzó me dice ella: «te amo más que a mi vida»... ¡Más que a su vida!

Y Leopoldo, repitiendo las últimas palabras, caminaba hacia la casa de Clotilde.

Llegó con temor y esperanza a la calle; fijó los ojos con avidez en el sitio en que creía le estuviese esperando, pero sólo alcanzó a ver cerrado el balcón.

Esperó un momento quieto enfrente, y nadie se presentó.

El más profundo silencio reinaba dentro del edificio.

Ningún rayo de luz se vislumbraba al través de las cortinas que velaban las puertas vidrieras de la sala.

Leopoldo temió que hubiese tenido lugar alguna escena desagradable.

Conocía el carácter de Duval, y sospechó que tratase de alcanzar, con alguna medida violenta, la mano de la mujer que amaba.

Agobiado con esta idea, y viendo que esperar por más tiempo era inútil, se alejó triste y afligido.

—Mañana sabré lo que ha pasado—dijo—. Clotilde tiene costumbre de ir al Cabrío con su protectora y las señoras que están de temporada, y la hablaré; me impondrá de cuanto ha pasado esta noche, y en consecuencia de lo que me diga, obraré.

Diciendo esto llegó a la casa en que se alojaba cada vez que iba a San Angel, tocó a la puerta, abrió el portero, y penetró en su cuarto, inquieto por los acontecimientos futuros.

CAPITULO V

El encuentro

Era de noche. El cielo estaba obscuro y tempestuoso como la conciencia de un impío.

Gruesos nubarrones, impelidos por un fuerte viento Norte, cruzaban la atmósfera como vagarosos fantasmas de caprichosas formas.

El relámpago lucía de tiempo en tiempo, precediendo al trueno que interrumpía, con imponente ruido, el silencio de la noche.

Las doce daban en la torre de la iglesia de San Angel.

Multitud de jóvenes de ambos sexos salían de una casa en que hasta entonces se habían escuchado los alegres acordes de la música, que indicaba un magnífico baile.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. B. I.